

Bajo la sombra de los viñedos

Bajo la sombra de los viñedos

Bajo la sombra de los viñedos

RAFAEL ARMANDO RIVERA

**BAJO LA SOMBRA DE
LOS VIÑEDOS**

La saga de los hermanos Blanco

Bajo la sombra de los viñedos

Bajo la sombra de los viñedos

Este libro está basado en el original que escribí a la edad de 12 años y que no fue publicado. Mi agradecimiento a mi esposa Sueli Claret que me animó a escribir esta nueva versión de la que fue mi primera obra literaria.

Bajo la sombra de los viñedos

CAPÍTULO 1

Aquella mañana del mes de febrero de 1863, la nieve había caído con generosidad, dejándole a la tierra como gran regalo, su reluciente manto. Agonizaba el invierno que este año había sido en Aragón más riguroso de lo normal. Incluso había habido nevadas en algunas regiones de España donde no era normal que eso ocurriese. Sentado en una butaca confortable, Ernesto Blanco observaba a través de unos ventanales el hermoso jardín que estaba situado frente a su mansión, un edificio de más de cien años de antigüedad. Allí vivía con su esposa Antonia Ortiz, la mujer que sus padres le habían escogido como esposa. Había sido sin duda un matrimonio de conveniencia, siendo como era Antonia la hija de un rico empresario. Afortunadamente con el tiempo surgió entre ellos un amor verdadero que les propició muchos momentos felices. Fruto de esta relación fue el nacimiento de sus cuatro hijos varones, a quienes pusieron por nombre Federico, Francisco, Víctor y Erick.

Antonia era una mujer de carácter afable, quien a sus 59 años conservaba en su rostro gran parte de los rasgos de la belleza de la juventud. Sus ojos azules de mirada serena y sus labios carnosos le daban un delicado aspecto que nada tenía que envidiar a otras mujeres más jóvenes. Su marido, al que respetaba y sin duda amaba, había cumplido hacía poco los sesenta y cinco años, y a diferencia de ella, tenía bien marcado en su rostro el paso del tiempo. La mirada de sus ojos negros era firme, acostumbrado a mirar fijamente a sus interlocutores durante las conversaciones que mantenían. Y al contrario de Antonia, su carácter no solía ser amable y daba la impresión, a primera vista, de ser una persona antipática.

Bajo la sombra de los viñedos

Mientras observaba cómo caían los copos de nieve sobre los árboles y las plantas del jardín, Ernesto hacía un breve repaso y balance de lo que había sido su vida hasta ahora. Había tenido la suerte de nacer en el seno de una familia rica, dueña de varias tierras ubicadas en Logroño y en Aragón. Cerca de Zaragoza estaban las más extensas, dedicadas en su totalidad al cultivo de la uva, y donde destacaba la majestuosa mansión donde él había vivido toda su vida. Al morir sus padres y no tener ningún hermano, fue el único heredero del patrimonio familiar.

Sumido en tantos recuerdos, Ernesto no se percató de la presencia de Emilio, el mayordomo que durante toda su vida había estado a su servicio.

-- Señor, señor... - dijo Emilio - Ernesto se mostró sorprendido al verlo.

-- He estado tan distraído que ni te oí llegar. ¿Qué sucede?

-- Ha venido su abogado.

-- ¿Está aquí Julio?

-- Así es, señor. Está esperando en el vestíbulo.

Ernesto se levantó rápidamente y le dijo al mayordomo que esperaba al abogado en su despacho. Pocos minutos después este apareció con un maletín en su mano derecha y cierta agitación reflejada en su rostro. Ernesto lo saludó y le invitó a sentarse en una de las cómodas butacas que estaban frente a la elegante mesa de madera noble del despacho, sobre cuya superficie había varias carpetas llenas de documentos, y unas hermosas figuras de caballos. La verdad es que aquella habitación era muy confortable, donde unas cortinas destacaban frente a una ventana de gran tamaño, y una estantería llena de libros, algunos muy antiguos, decoraba la pared que estaba frente a la mesa de escritorio. El piso de madera estaba parcialmente cubierto por una hermosa alfombra.

-- Has podido hacer lo que te pedí? - Preguntó Ernesto a su amigo.

Bajo la sombra de los viñedos

-- Así es - respondió Julio -. Desgraciadamente la reunión con el abogado del marqués de La Fuente no ha servido para nada. Él ya tenía una orden expresa de no aceptar tu oferta. Intenté hablar con el propio marqués, pero se negó a recibirme.

-- O sea que sigue obcecado con la misma idea de siempre.

-- Sigue insistiendo que tienes que devolverle las tierras que según él le robaste puesto que valen mucho más que la deuda que su padre contrajo contigo. Y que ahora intentas robarle de nuevo con las tierras de Logroño.

Ernesto dio un golpe con su mano derecha contra la mesa. Se sentía muy contrariado. La verdad es que ya estaba cansado de aquella vieja disputa con el marqués, el cual consideraba que Ernesto y su familia se habían apropiado indebidamente de unas tierras que habían pertenecido a su padre ya fallecido. Mario, que así se llamaba el padre del actual marqués de La Fuente, había mantenido siempre una buena amistad con Luis, padre de Ernesto. Por eso no es de extrañar que en una ocasión le pidiera en préstamo una gran suma de dinero, la cual precisaba urgentemente para pagar unas deudas de juego. Luis accedió y el marqués se comprometió a devolver el dinero en el plazo de tres años. Mas la muerte les sorprendió a los dos antes de tiempo. Fue entonces cuando Ernesto le pidió a Ramiro, heredero de Mario, que se hiciese cargo de la deuda de éste, pero el nuevo marqués dijo que no disponía del dinero necesario. Ernesto le propuso que le diese unas tierras que lindaban con las suyas, pero el marqués tampoco aceptó esta propuesta, alegando que se trataba de un abuso, dado que aquellas tenían un valor mucho mayor que el importe de la deuda. Furioso, Ernesto acudió al tribunal y consiguió que la justicia le otorgara el derecho de apropiarse definitivamente de las tierras en litigio. Todo esto generó un duro enfrentamiento con Ramiro, quien insistió en que su familia había sido víctima de un robo y juró que no descansaría hasta que fueran atendidas sus demandas.

Bajo la sombra de los viñedos

-- No hay duda de que ese hombre te odia - dijo el abogado -, y sigue asegurando que si ganaste el juicio fue porque compraste al juez, o sea que actuaste como una persona depravada y sin escrúpulos. Por eso insiste en que le has robado las tierras. Sin duda podría ser muy peligroso. Sé que en alguna ocasión ha dicho que tú y tu familia lo van a pagar caro. Ten mucho cuidado.

Ernesto se levantó y se acercó a la ventana, dándole la espalda a su amigo.

-- Lo peor es que ha conseguido mantener buenas relaciones con mi hijo Federico - se lamentó -. Desgraciadamente tuve que consentir su matrimonio con Virginia, la hija de Ramiro, al estar ella esperando un hijo suyo. Aunque mi esposa y yo la tratamos bien cuando nos visitan, lo cierto es que no nos fiamos de ella. No nos queda más remedio que disimular, por Federico y sobre todo por nuestro nieto Armando.

-- De quienes sí no debes confiarte es de Erick y su esposa Nora. No hay que olvidar que Erick sigue trabajando para el marqués.

-- Lo sé. Nuca nos gustó esa mujer. Ese maldito marqués me está complicando la vida. A partir de ahora no haré ningún intento de reconciliación. Procura enterarte de sus movimientos, y también de los de Erick, y mantenme informado.

Julio asintió y se puso de pies.

-- Gracias por todo. Eres un buen amigo - le dijo Ernesto dándole unas palmadas en la espalda. Después llamó al mayordomo para que acompañara a su amigo a la puerta de salida de la casa. En ese momento apareció Antonia quien preguntó a su marido qué estaba sucediendo.

-- Ven, vamos al salón y te lo cuento - respondió Ernesto y se encaminaron a aquella sala grande donde tomaron asiento en uno de los lujosos sofás que, junto con una mesa de madera y mármol, decoraban el centro. También destacaban unas figuras de bronce y porcelana, además de unos candelabros y unas estanterías de madera llenas de diversos objetos decorativos.

Bajo la sombra de los viñedos

-- Julio me ha confirmado lo que ya sospechábamos - dijo Ernesto mirando fijamente a su esposa.

-- Qué quieres decir?

-- Que el desgraciado del marqués no aceptó mi oferta. Aparte de eso, me ha dicho Julio que tengamos cuidado con Erick, pues parece que está de parte de nuestro enemigo. De hecho, sigue trabajando para él.

-- ¡Jesús! - exclamó Antonia nerviosa. Ernesto prosiguió:

-- Por otra parte, tenemos que desconfiar de la esposa de Federico. Fue una desgracia que ella se quedase embarazada y queuviésemos que casarlos rápidamente.

Fue un enorme disgusto para Ramiro, que ni siquiera acudió a la boda. Si bien es verdad que al principio se alejó de su hija, la llegada de su nieto Armando los reconcilió. Sabemos que ahora mantienen buenas relaciones, lo cual no es bueno para nosotros.

-- Y en todo ese lío tú tuviste mucha culpa. Mira que te dije que no me gustaba ese noviazgo de nuestro hijo con esa muchacha.

-- Yo solo quería que mi hijo fuese feliz, estando como estaba tan enamorado de Virginia. En el fondo tenía la esperanza que por fin Ramiro y nosotros nos llevásemos bien. Está claro que me equivoqué. Ahora no podemos ni siquiera confiar en nuestros propios hijos.

-- Menos mal que Víctor y Francisco permanecen a nuestro lado.

-- De momento. Lamentablemente tampoco me fio mucho de ellos, principalmente de Víctor, que ya sabemos es muy impulsivo.

-- Pero ambos están trabajando en la plantación, y los empleados les respetan.

Ernesto se puso de pies y dijo:

-- Esperemos que sigan así. Mira Antonia, todo este asunto me ha revuelto y necesito serenarme. Así que ordenaré que preparen el coche y voy a dar una vuelta. Afortunadamente ha dejado de nevar y hace un día espléndido. Daré un paseo por la plantación

Bajo la sombra de los viñedos

y veré a los muchachos. Es necesario que hable con ellos de la situación.

CAPÍTULO 2

Desde el espléndido carruaje se podía apreciar el paisaje que rodeaba el camino. Grandes montañas se dibujaban a lo lejos, en el horizonte. Todo esto, además de los grandes y fuertes árboles ahora blancos por la nieve, ofrecía un espectáculo encantador. Ernesto nunca dejaba de admirar aquel paisaje. Pronto el coche llegó al camino principal de la plantación y observó cómo algunos obreros hacían unas labores de limpieza. En ese momento se percató de que dos jinetes se acercaban montados en sus robustos corceles. Inmediatamente ordenó al cochero que se detuviese y salió del vehículo. Con gran satisfacción recibió a sus hijos Víctor y Francisco, que llegaron a su lado y le saludaron.

-- No te esperábamos por aquí - dijo Francisco.

-- He querido dar un pequeño paseo para despejarme y aprovechar para verlos y charlar un poco - respondió Ernesto.

-- Entonces será mejor que vayamos a las cuadras, dejemos los caballos y entremos en el rancho - dijo Víctor.

El “rancho” era una casa donde estaba la cocina y el comedor de los empleados, situada al lado de las caballerizas y de un depósito donde se guardaban herramientas, y diversos útiles necesarios para las labores de cultivo. A cierta distancia estaba el edificio donde vivían los empleados, en cuyo frente había un patio grande donde ellos solían reunirse para conversar y celebrar diversos festejos. Ahora en invierno era normal que por las noches encendieran unas hogueras y se colocaran a su alrededor. A Francisco le gustaba participar en algunas de esas reuniones, cosa que a su padre le parecía totalmente inconveniente. A diferencia de sus hermanos, era una persona afable y sencilla, cualidades que los obreros admiraban. Tenía el cabello castaño y dos grandes ojos negros que adornaban su rostro. Caminaba siempre con aire marcial y paso recio. A sus

33 años permanecía soltero, y aunque había tenido algunas novias, ninguna de ellas le había conquistado lo suficiente como para contraer matrimonio. Y sus padres nunca le obligaron a formalizar una relación con pretendiente alguna, por lo que les estaba muy agradecido. Su hermano Víctor que tenía 39 años, era muy diferente, amante de las diversiones, y sobre todo de los bares, a donde acudía cada vez que visitaba la ciudad. Más de una vez regresaba ebrio a la casa, con el consiguiente disgusto de sus padres. Sus ojos de color claro, en un rostro de rasgos delicados, y el cabello castaño, le daban un aspecto engañoso de persona agradable, cuando la verdad es que su carácter dejaba mucho que desear.

Al llegar al “rancho”, Ernesto y sus hijos tomaron asiento en unas sillas y se dispusieron a conversar.

-- Esta mañana - dijo Ernesto - ha venido Julio, y además de decirme que el marqués se niega a solucionar nuestra vieja disputa, y que sigue empeñado en acusarme de haber comprado al juez que dictó sentencia a mi favor, me advirtió que debemos tener cuidado. Desgraciadamente vuestro hermano Erick tampoco es de fiar. Y tendremos que vigilar también a Virginia, porque, aunque parece que hasta el momento ha permanecido neutral, no deja de ser la hija de nuestro enemigo.

-- Erick es un estúpido - exclamó Víctor con aire de furia -. El problema es que continúa confiando en su mujer, sin saber la clase de persona que es.

Francisco movió la cabeza de un lado al otro y comentó:

-- Tienes toda la razón, hermano. Erick está ciego, siempre lo ha estado. No comprendo cómo puede ser así.

-- Otro tonto es Federico, totalmente dominado por Virginia - añadió Víctor e hizo una mueca de desagrado.

-- ¿Qué pensáis que debemos hacer ahora? - preguntó Ernesto.

Los dos hermanos se miraron un instante y tras unos momentos de silencio, comenzaron a exponer algunas ideas. Víctor fue el primero en tomar la palabra:

Bajo la sombra de los viñedos

-- Está claro que no podemos quedarnos con los brazos cruzados esperando que ese maldito marqués intente algo contra nosotros. Ya me conocéis y sabéis que me gusta la acción. Tenemos que adelantarnos a sus planes, y al primer indicio de peligro, atacarlo sin compasión.

-- `Quizás deberíamos hablar con Federico a solas, y explicarle bien la situación - intervino Francisco -. Así sabremos realmente de qué lado está.

-- Te olvidas de Virginia - dijo Víctor -, ella es muy desconfiada y no nos lo pondrá fácil. ¿Tú qué opinas, papá?

-- Tu hermano tiene razón - respondió Ernesto dirigiéndose a Francisco - No obstante, me parece una buena idea. Dentro de pocos días celebraremos el cumpleaños de vuestra madre, y quiero organizar una gran fiesta. Por supuesto, invitaremos a Federico, y cuando esté en la casa, tendremos ocasión de hablarle en privado. Otra cosa, Víctor, me preocupa la plantación. En caso de problemas, ¿podemos confiar en nuestros empleados?

-- Creo que podemos confiar en Rogelio, el capataz. Es un hombre duro, valiente y ya nos ha demostrado su lealtad. Además, maneja muy bien la espada y la pistola. Yo hablaré con él y le diré que tenga los ojos muy abiertos.

-- Dile que quiero que escoja un grupo de hombres rudos, dispuestos a pelear contra nuestros enemigos, si fuera necesario. Se les pagará un dinero extra por cuidar de la finca. Estoy dispuesto a entregarles las armas que necesiten, y Rogelio deberá encargarse de enseñarles a manejarlas con destreza.

Víctor dio un golpe con el puño en la mesa y exclamó:

-- ¡Fantástico! Esta misma tarde explicaré todo al capataz.

-- Y a partir de ahora vosotros dos iréis a todas partes armados. No quiero sorpresas - dijo Ernesto levantándose de la silla -. Ahora vamos todos para la casa. Vuestra madre nos está esperando para almorzar.

Bajo la sombra de los viñedos

Francisco y Víctor montaron en sus caballos y Ernesto en el coche, y sin perder más tiempo regresaron a la mansión. Allí almorzaron con tranquilidad, evitando en todo momento hablar de sus planes para no preocupar a Antonia.

Cerca de las tres de la tarde, los dos hermanos Blanco salieron de la casa en dirección a la finca. Se disponían a hacer algo que ya tenían planeado desde la mañana: seleccionar y marcar unas tierras cercanas a los viñedos, que pensaban que podrían servir para ampliar la plantación en la próxima primavera. Ellos sabían muy bien que esas tierras lindaban con las del marqués de La Fuente lo cual en las actuales circunstancias podría ser un inconveniente. Sin embargo, decidieron recorrer el territorio para poder lograr su propósito. Así lo hicieron y al atardecer emprendieron el camino de regreso. Fue entonces cuando Francisco sugirió que aprovecharan para inspeccionar las tierras del marqués situadas cerca de unas pequeñas montañas y de un lago. Víctor opinó que podía ser arriesgado adentrarse en terreno ajeno, pero su hermano le dijo que con el frío y la nieve, seguramente nadie estaría en esos lugares. Así pues, continuaron su camino y decidieron hacer un alto al lado del lago. Allí descansaron un poco sentados cerca de un enorme árbol. Francisco comentó:

-- Buen lugar es para descansar. No sé de qué se queja ese marqués, con tantas tierras como tiene.

-- Es un sinvergüenza - dijo Víctor mirando el despejado cielo - Pero que tenga cuidado, que no se le ocurra ninguna cabronada. No me importaría meterle una bala en su asquerosa cabeza. Tenemos que demostrarle que no le tenemos miedo. Se me está ocurriendo una cosa.

Francisco miró a su hermano con preocupación y le preguntó a qué se estaba refiriendo. Víctor sonrió con malicia y contestó:

Bajo la sombra de los viñedos

-- Para volver a la finca podemos coger el mismo camino por el que hemos venido, o dar un rodeo y pasar frente a la casa de Erick.

Francisco se levantó de un salto y miró a su hermano con una clara expresión de sorpresa.

-- ¿Estás loco? - inquirió - No estarás hablando en serio.

-- Vamos a ponerlos nerviosos - dijo Víctor --. Quiero demostrarles que no les tememos. Venga, que se está haciendo tarde.

-- No me parece una buena idea - alegó Francisco.

-- Si tienes miedo vete por el otro camino - respondió Víctor y fue en busca de su caballo.

-- Está bien - dijo Francisco -, iré contigo, pero sigo pensando que es una locura.

Y emprendieron el viaje. Poco después se encontraban en un lugar desde donde se divisaba la casa de su hermano Erick. Allí se detuvieron unos instantes para observar los alrededores y cerciorarse de que no había guardias ni empleados. Un coche estacionado frente a la casa y el humo que salía de una chimenea les hizo pensar que la casa no estaba vacía. Y así era efectivamente. En ese momento Erick y su esposa Nora estaban charlando cómodamente en el salón de la casa, una habitación confortable decorada con buen gusto y con un mobiliario elegante en el que destacaban unos sillones y un enorme sofá, sobre el que había varios cojines. Nora tenía 30 años y no era una mujer delicada ni elegante, mas tenía muy buen criterio a la hora de decorar la vivienda. La verdad es que las personas que les visitaban decían sentirse muy cómodas en el lugar. No puede decirse que fuera una mujer muy hermosa, pero sus largos cabellos negros y sus ojos marrones de mirada penetrante, le proporcionaban cierto atractivo. Además, conservaba una esbelta figura propia de una mujer más joven. Lo peor era su falta de bondad y escrúpulos, dispuesta a cualquier cosa para conseguir sus objetivos. Ella y su marido

se habían conocido en Madrid, donde ella vivía con sus padres y un hermano. Desde que le fue presentada por unos amigos, Erick se quedó gratamente impresionado con ella. Él estaba haciendo un trabajo que su padre le había encomendado. Decidido a conquistar a Nora, permaneció varios días en los que aprovechó para ganarse su amistad. Para su disgusto tuvo que regresar a su casa, pero se las ingenió para volver varias veces a la capital hasta que Nora aceptó ser su novia, a lo que sus padres no opusieron ninguna objeción. En realidad, estaban encantados que su hija se relacionase con el miembro de una familia tan acaudalada como la de los Blanco. Así llegó el día en que Erick les informó a sus padres sobre su noviazgo y obtuvo su permiso para invitar a Nora a su casa y así poderse la presentar. La joven, acompañada de su madre, se alojó unos días en la mansión. Lamentablemente la primera impresión que Nora les causó no fue buena, por lo que Ernesto decidió pedir a un detective de su confianza que la investigara, y no le gustó nada el informe que recibió. Por eso nunca la aceptaron e hicieron todo lo posible por separarlos. Para Ernesto y Antonia, ella era una farsante ambiciosa que solo quería casarse por interés. Esto provocó un enfrentamiento grave con Erick, quien acabó abandonando la casa definitivamente. Después consiguió casarse con Nora y establecerse por su cuenta. Ella lo convenció para que trabajara con el marqués de La Fuente. Por todo ello, Nora odiaba a los padres de Erick, nunca les perdonó el haberse opuesto a su boda con él. Por su parte, sus padres se llevaron un gran disgusto y también no quisieron saber nada más de los Blanco. Y precisamente de este tema estaban conversando ahora Nora y Erick.

-- Nunca había estado tan claro como ahora - decía Nora - lo atinado de nuestro propósito de vivir lejos de tu familia en estos lindos lugares.

-- Hemos tenido mucha suerte - dijo Erick.

-- Se lo debemos al marqués.

Bajo la sombra de los viñedos

--Yo aún no he llegado a comprender por qué mi padre no ha sido capaz de terminar la disputa con él. Esto ya dura demasiado. No lo entiendo. A veces me pongo a pensar quién de los dos es el que no quiere ceder.

-- No te entiendo.

Erick se frotó las manos y agregó:

-- Objetivamente nunca estuvimos seguros de la verdad de todo.

-- ¡Tonterías! ¿Ya has olvidado todo el daño que nos hicieron?

-- Claro que no, pero eso nada tuvo que ver con el problema de las tierras.

-- Pero sí la clase de persona que es tu padre - alegó Nora impaciente -. El marqués está convencido de que sobornó al juez para conseguir una sentencia a su favor.

-- Pero no hay pruebas de eso.

-- Vamos, Erick, ese juicio fue muy extraño, y la sentencia aún más.

-- Yo sé que no... - comenzó a decir Erick y calló de pronto. El ruido de unos caballos que se acercaban lo obligó a levantarse sobresaltado. Nora lo miró extrañada y preguntó:

-- ¿Puedes decirme qué pasa?

-- ¿No oyes el ruido de unos caballos?

-- Ahora sí, pero...

-- Parece que tendremos visitas. Voy a salir para recibirles - dijo Erick y se dirigió a la puerta principal de la casa.

-- ¡Espera, no abras! - exclamó Nora -Tengo un presentimiento. Vamos mejor arriba para ver bien de quiénes se trata. Hazme caso por favor.

-- Bueno, está bien, pero eres demasiado desconfiada - dijo Erick y rápidamente subieron las escaleras al segundo piso. Allí, desde la ventana de su dormitorio, vieron pasar dos jinetes al galope, que no eran otros que Víctor y Francisco. Con cierto temor, los vieron alejarse. Entonces Erick, volviéndose a su esposa que estaba visiblemente contrariada, le dijo:

Bajo la sombra de los viñedos

-- Tenías razón, hubiera sido un error salir de la casa. No comprendo cómo se han atrevido a invadir mi propiedad.

-- Porque son unos sinvergüenzas - dijo Nora apartándose de la ventana -. Es evidente que lo han hecho para desafiarnos. ¡Malditos!

CAPÍTULO 3

Nora tenía una prima muy hermosa que se llamaba Natacha. La joven, de 23 años, tenía el cabello castaño, los ojos claros y era de esas personas que causan inmediatamente una buena impresión a quien le fuera presentada. De modales delicados, era todo un ejemplo de persona educada y refinada. A diferencia de Nora, albergaba en su interior unos buenos sentimientos entre los que destacaban la bondad y la comprensión. No es de extrañar que las relaciones con su prima no fuesen las mejores, habida cuenta de que solían discrepar en muchas cosas. Sin embargo, acostumbraba a visitarla una vez por semana. Lo que Nora ignoraba es que el principal motivo de esas visitas era nada menos que Erick. Y es que, sin poder evitarlo, Natacha se había enamorado del marido de su prima, que era un joven apuesto de 37 años. Fue algo que fue sucediendo poco a poco, a lo que sin duda contribuyó la forma cariñosa con la que él la trataba. Por otra parte, a ella le parecía un hombre muy atractivo, con sus ojos negros y los cabellos castaños, en cuyo rostro destacaba una poblada barba. Sabía muy bien que su amor era imposible, y por eso se conformaba con verlo cuando iba de visita. Lo cierto es que había intentado eliminar ese sentimiento que tanto la perturbaba y la llenaba de arrepentimientos. Pero todo era inútil y tampoco pudo dejar de ir a la casa de su prima, pues esta le pedía que no dejara de hacerlo. En realidad, el motivo de la insistencia de Nora no se debía a un sentimiento de cariño hacia la joven, sino el conocer todos sus movimientos. Y es que Natacha conocía un secreto terrible que su prima guardaba celosa mente. Aunque Natacha le había jurado que nunca la traicionaría, Nora desconfiaba y no quería correr riesgos. Tenía que evitar a toda costa que Erick conociese ese secreto.

Bajo la sombra de los viñedos

El cielo estaba completamente despejado y brillaban las estrellas. Cuando las primeras sombras de la noche cayeron sobre la ciudad, Natacha se preparó para hacer una nueva visita a su prima. Como era costumbre, pidió a Daniel, su padre, con quien convivía en compañía de su madre Eugenia, que ordenase al cochero que la llevase a su destino. Poco después llegaba frente a la hermosa residencia de Nora. El empleado la ayudó a bajar del vehículo y ella le indicó que se fuera a su casa y regresara a buscarla más tarde. Seguidamente se acercó a la gruesa puerta de madera de la casa de su prima y llamó. Fue el propio Erick el que la atendió, exclamando al verla:

-- ¡Pero si eres tú! Pasa... te estábamos esperando.

Natacha obedeció y en la sala tomó asiento cerca de su anfitrión.

-- Dónde está mi prima? - Preguntó de inmediato, extrañada de que no la hubiera recibido.

-- Ha ido al pueblo a comprar unas cosas - respondió Erick.

-- ¿Tardará mucho?

-- No. Ella sabe que tú vendrías esta noche. ¿Cómo están tus padres?

-- Bien, gracias.

-- Pues diles que estamos esperando su visita. Y tú, ¿qué tal estás?

-- Yo bien, gracias - contestó Natacha bajando la cabeza. La verdad es que pocas veces se había encontrado a solas con Erick y ante su presencia se sentía cohibida. De repente una idea surgió en su mente. Hace tiempo que había notado cierta tensión entre su prima y su marido, aunque ella siempre le decía que sus relaciones eran inmejorables. Pensó que ahora tenía la oportunidad de saber la opinión de Erick, aprovechando la ausencia de Nora. No obstante, era un tema delicado, por lo que tenía que armarse de valor para tratarlo. Levantó la cabeza y miró a Erick fijamente. Vaciló unos instantes y varias veces

Bajo la sombra de los viñedos

pensó decir algo, pero se contuvo. Erick la miraba extrañado, y tuvo la impresión de que ella quería decirle algo.

-- Te noto un poco extraña - le dijo - Si quieres hablarme de algo, te escucho.

Ella dudó unos instantes, y al fin acabó por decir lo siguiente:

-- Sé que lo que voy a preguntarte quizás es poco correcto y te pido que no lo tomes a mal.

Erick sonrió y en tono amable le dijo:

-- No te preocupes. Tú y yo somos casi familia, así que...

Natacha dio un hondo suspiro y dijo:

-- Perdona que te haga esta pregunta, pero me gustaría saber si vosotros sois en verdad felices.

-- Puedo decir que en cierto modo lo somos - contestó Erick rápidamente, sin poder ocultar su asombro y desagrado. No esperaba que Natacha le hiciera esa pregunta. Ella insistió:

-- Si te pregunto esto es porque os tengo mucho cariño y os deseo lo mejor. Hace tiempo que vengo notando algo raro entre vosotros. Le he preguntado a Nora, pero ella no ha querido darme una respuesta, incluso sé que le molesta que le hable de ello. Quizás me estoy metiendo en vuestra vida privada, así que no me digas nada si lo prefieres.

-- No te preocupes, que no me molesta, es más, te agradezco tu interés. Lo que puedo asegurarte es que en general vivimos bastante bien. Claro que tenemos, como todos los matrimonios, algunas disputas, pero nada que no pueda solucionarse.

-- Sé que mi prima tiene un carácter difícil. Ya desde niña le dio muchos quebraderos de cabeza a sus padres. Pero ahora, después de lo que me has dicho, me quedo más tranquila. Y bueno, no seguiré con este asunto que me es muy embarazoso.

Erick se puso de pies, y acercándose a Natacha, le puso sus manos sobre sus hombros. Ella sintió un ligero temblor y un escalofrío que le recorrió todo el cuerpo haciéndola estremecerse.

Bajo la sombra de los viñedos

-- Gracias por preocuparte por nosotros, querida Natacha - dijo Erick. En ese momento se escuchó la llegada de un coche -. Debe ser Nora que ha regresado.

-- Por favor - dijo Natacha - No le digas nada a mi prima de lo que hemos hablado. No conviene que se entere.

Nora llegó cargada con varias bolsas conteniendo las cosas que había comprado en la ciudad. Si hay algo que le gustaba mucho era visitar las tiendas elegantes y aprovechar cualquier oferta que considerase interesante. Al ver a su prima quiso saber si llevaba mucho tiempo esperando.

-- Discúlpame por la demora - le dijo -. Me imagino que te habrás aburrido hablando con mi marido. Ven conmigo, acompáñame a mi cuarto, tengo que guardar lo que traigo en estas bolsas y así podremos hablar con tranquilidad. A Erick no le importará quedarse un rato solo.

-- Ve con ella, Natacha - dijo Erick -, yo les esperaré aquí para cenar.

En ese momento entró en la sala María, la empleada que trabajaba en la casa.

-- María, ten todo preparado para la cena - dijo Nora -. Estaré en mi dormitorio si me necesitas.

Y seguida de Natacha, subió por las escaleras hacia el piso superior. Después de mostrarle a su prima las cosas que había comprado, ambas tomaron asiento en dos butacas confortables. Nora quiso saber sobre qué asuntos Natacha y Erick habían estado conversando durante su ausencia. A la joven no le hizo ninguna gracia aquel interrogatorio y así se lo hizo saber a su prima.

-- Me parece que eres una desconfiada - le dijo -. No hemos hablado de nada especial. Y si lo que te da miedo es que se me escape algo de tu secreto, ya te he demostrado mil veces que puedes confiar en mí.

-- Perdona - respondió Nora -. Me da tanto miedo que Erick sepa lo de Sergio, que a veces parece que estoy paranoica.

Bajo la sombra de los viñedos

Lo que Natacha no sabía es que su prima tenía celos de ella, y le inquietaba la forma en que Erick trataba a la joven. Fue por eso por lo que quiso saber lo que ellos habían estado haciendo en su ausencia, y no porque desconfiara de la discreción de su prima.

-- Aún me sigo preguntando cómo fuiste capaz de traicionar a tu marido - dijo Natacha.

-- Eso ya te lo he explicado no sé cuántas veces. Cuando Erick viajó a Francia, me sentí muy sola. Fueron cuatro largos meses, y conocí a Sergio en aquel baile en la mansión del marqués de la Fuente. Allí comenzamos a relacionarnos, él era muy amigo del marqués, y eso propició nuevos encuentros. Era evidente que yo le había gustado desde el primer momento y comenzó a cortejarme sin ningún pudor. Casi sin darme cuenta caí en sus redes de gran seductor y...

-- Fuisteis amantes.

-- Ya lo sabes. Oh, Natacha, yo me enamoré locamente de él, y tengo que confesarte que aún siento algo, que no he podido olvidarlo.

Natacha se levantó y caminó hasta la ventana del dormitorio. Durante unos instantes miró hacia fuera, y después se dio la vuelta.

-- Eso nunca me lo habías dicho - le dijo a su prima mirándola fijamente -, tú estás loca. Cómo puedes seguir sintiendo algo por ese hombre que se apartó de tu lado sin siquiera despedirse. Está claro que no te amaba y huyó antes del regreso de Erick.

Nora bajó la cabeza. La verdad es que se sentía avergonzada y comenzaba a arrepentirse de haberle revelado a su prima sus más íntimos sentimientos. Tras unos momentos de vacilación, dio un hondo suspiro y le dijo:

-- Durante un tiempo le odié por haberme abandonado de esa manera.

-- ¿No has tenido ninguna noticia suya? - quiso saber Natacha.